

La hiperindividualidad en Occidente

Roberto Lleras

La historia de Occidente está tan fuertemente marcada por el énfasis en lo individual que hoy, cuando tratamos de definir la sociedad, con frecuencia hablamos de ella como un conjunto de individuos, más que como una comunidad. Miles de páginas en las que desfilan siglos de reyes, generales, héroes y toda suerte de personas con algún tipo de distinción, nos han condicionado para pensar que ciertos individuos lo han hecho todo, actuando por sobre una masa que poco o nada cuenta. Es necesario, por supuesto, que junto con este discurso circule la curiosa noción de que hay individuos especiales, únicos e irrepetibles. Esta noción se soporta necesariamente en otra igual de curiosa: esto es parte del orden natural, siempre ha sido así, en todos los tiempos ha habido individuos superiores, en resumen, estos individuos especiales son el motor de la historia. Pero, en realidad, nada hay de natural en ello; la oposición entre sociedad e individuo es un resultado histórico. No fue esta una condición de las sociedades antiguas y claramente no lo es en las sociedades tradicionales que aún subsisten en el planeta.

Pero no se trata obviamente de negar el papel, el rol de tipo individual, que ha existido incluso en las sociedades más antiguas y menos estratificadas. Si se trata de reconocer lo individual, hay que decir que la combinación de las condiciones genéticas y los patrones culturales siempre ha generado diferencias que, a la hora de actuar, configuran la diferenciación individual. Esto no significa que esos individuos pudieran erigirse frente a la sociedad como entes capaces de actuar por sí y para sí, sin consideración del resto de la sociedad e incluso contra ella. Esta es la diferencia fundamental entre la individualidad que, para ponerle un nombre, podríamos llamar “natural” y la que no lo es. La una resulta de las distintas capacidades de las personas, sin generar diferencias sociales permanentes ni generales, la otra resulta de procesos de estratificación que proyectan diferencias sociales permanentes encarnadas en individuos.

El cómo y cuándo algunos individuos se pudieron erigir como “especiales” frente a la sociedad, como lograron proyectar sus intereses propios como los intereses del conjunto de la comunidad, como adquirieron una supuesta condición que, a veces se decía emanaba de la divinidad, o los hacía merecedores de todo tipo de privilegios; todo eso constituye un proceso perfectamente rastreable y explicable. Si bien, en el seno del capitalismo este fenómeno se ha exacerbado, no surge con este modo de producción, más bien lo antecede y lo acompaña en su ascenso. La diferenciación que genera la contradicción antagónica individuo-sociedad era muy

frecuente en las sociedades esclavistas patriarcales de Occidente y también en las formaciones de tipo “asiático” de Asia, África y América, antes de los procesos coloniales capitalistas que se dieron desde el siglo XVI en adelante.

Con el ascenso del capitalismo la primacía de lo individual se vuelve imprescindible: el factor de la dominación de clase no es, a ningún nivel, un asunto meramente colectivo. La dominación es también, a nivel de la estructura económica, la dominación del individuo, de varios individuos, en cuanto propietarios del capital, sobre el resto de la sociedad. A nivel de la representación superestructural la figura del individuo rico y poderoso se erige como imagen del éxito deseable y alcanzable en contraposición al anonimato de la masa. El capitalismo es, necesariamente, un asunto de individuos; individuos que se desprenden de su colectivo para estar por encima de él.

Obviamente, el crecimiento del individualismo, tal y como se expresa hoy, en su aberrante omnipresencia, no es un asunto determinado únicamente por los factores económicos estructurales. En la dinámica interna de lo superestructural surgieron en Occidente condiciones ideológicas favorables al ascenso del individuo. En distintas épocas y en diversas regiones fue necesario desvincular comunidad e individuo y resaltar la preeminencia de lo individual. La historia de la religión católica y su iglesia es muy ilustrativa: lo que antes fue en esencia una comunidad de creencias y de prácticas se fue transformando en una estructura jerárquica vertical en la que los primitivos obispos fueron segregados en dos grandes grupos; uno que fue relegado al ámbito local sin mayor autoridad ni injerencia y que eventualmente fue devuelto a la masa en forma de curas y párrocos de poca monta y otro, el de los individuos que se vuelven arzobispos, cardenales y prelados con un papa, el individuo *par excellence*, a la cabeza. El proceso de volverse noble constituye otro mecanismo de individualización ejemplar. Es verdad que ser noble y tener tierras y siervos eran dos cosas que iban juntas, pero la propiedad no lo era todo; el ser algo, un hijo d’algo, un hidalgo, era una condición de difícil consecución atada a una idea de pureza de sangre. La construcción de la noción de pureza de sangre les permitió a las sociedades feudales establecer las comunidades de origen para los que podían aspirar a ser individuos y aquellos que nunca podrían llegar a serlo. Hasta hoy, en pleno siglo XXI, todavía una parte de la población cree en esto como si fuera una verdad inmutable.

En muchas formas y a través de muchos discursos teológicos, filosóficos e incluso sociológicos, Occidente construyó la idea del individuo, de lo individual, como bien supremo y meta necesaria. Por eso no resulta extraño que cuando explotan, el Renacimiento primero, y la Ilustración después, lo hacen como grandes reivindicaciones de lo individual. En el Renacimiento se reivindica la libertad de la

creación individual, en la escultura, la pintura, la arquitectura, la música, la literatura y también en la política. Los renacentistas son ante todo individuos que tallan, pintan, escriben, componen o intrigan rompiendo los moldes colectivos antiguos. En la historia del arte occidental se forja aquí la idea del arte como un asunto individual, una actividad de los individuos artistas, comprendidos o no, que puede alcanzar niveles sublimes y que se contrapone a la creación colectiva, la cual nunca llega a tales alturas, es artesanía o folclor. La Ilustración, por su parte, adiciona una forma de construcción del individuo preeminente: el difícil ascenso social determinado por la pureza de sangre, por la pertenencia a las familias nobles, se complementa con una nueva condición que permite la erección de individuos tan preeminentes, tan importantes y quizás mucho más influyentes que los nobles. A través de la propiedad, la riqueza, el capital los individuos que no tenían la pureza de sangre se pueden ahora desprender de la colectividad con pleno éxito.

Para que existiera un respaldo ideológico apropiado se construyeron los derechos del hombre: una declaración de lo que los individuos, por el hecho de serlo, deberían poder idealmente disfrutar. La declaración no garantiza derechos colectivos, no ofrece medios para convertir en realidad para todos los ideales que están detrás de los derechos, ni siquiera sugiere en qué tipo de sociedad se puede cumplir el ideal. Los derechos del hombre son una declaración de lo que deben aspirar a tener los individuos que previamente han adquirido toda la capacidad económica, política y social para obtener cualquier cosa que deseen. En lugar de proteger la vigencia de la comunidad, esta Declaración la sustituye por una nueva ficción que, en adelante, se construirá al arbitrio de los individuos poderosos: la ley.

Así, cada etapa de la historia de Occidente es, colateralmente, un paso más en la construcción del individuo preeminente. Y cada etapa añade una nueva categoría de individuo: la sociedad no debe lidiar ahora únicamente con reyes y nobles, prelados eclesiásticos y jefes militares, ahora además se les ha “legalizado” el estatus de preeminencia individual a los grandes comerciantes e industriales, a los banqueros y usureros. A su tiempo esta nueva colección de individuos desarrollará su propia construcción ideológica que justificará su unicidad y las normas de inclusión y exclusión que se necesitan para perpetuar las diferencias.

Lo que sigue en la historia reciente apunta casi siempre en el mismo sentido. Occidente se convierte en el adalid de la individualidad en el concierto del mundo: el individualismo se equiparará con libertad, con progreso, con la felicidad y el heroísmo. Se exporta la idea del individuo superior como un componente ideológico fundamental del colonialismo: la barbarie comunal africana se enfrenta a un Tarzán, a las comunidades nativas americanas y a los malvados mexicanos se les contrapone un David Crockett, un Buffalo Bill o varios constructos más, con o sin

base real, que además de ser blancos, cristianos y angloparlantes son, por encima de todo individuos. Pero como resulta sospechosa la posibilidad del individuo de sobrevivir sin la comunidad se llega finalmente a Robinson Crusoe; el paradigma de la individualidad literaria. ¡Quedó, por fin demostrado que el individuo solo, todo lo puede!

La construcción de héroes no paró allí, por supuesto; apenas arrancó. La supremacía individual debe ser continuamente alimentada con imágenes de éxito, nobleza, valentía y poder. Bien pronto llegaron Superman, Batman, el Avispón Verde, Capitán América, la Mujer Maravilla y muchos más. Aparte de las particularidades de sus atuendos, sus poderes y sus equipos, todos compartieron la búsqueda del bien a toda costa; todos, individuos valerosos capaces de enfrentarse a hordas de malvados y derrotarlos con cierta facilidad. El desfile ha seguido y, como tenía que ocurrir, se desplazó de la literatura a los comics, al cine y a la televisión. Entre las décadas de los 50 y 60 el cowboy por antonomasia, John Wayne, encarna los ideales norteamericanos de patriotismo, superación personal y fuerza arrolladora. Cuando el modelo Western se desgasta y sufre la parodia del spaghetti western italiano surge, en otro escenario Rambo, que gana como individuo la guerra de Vietnam que su país en realidad perdió, al lado de Stallone, magnifico en su patetismo, caminan Van Damme, Schwarzenegger, Travolta, Pitt y muchos otros héroes secundarios, más violentos y con un inconfundible sex appeal, acorde con los nuevos tiempos. El individuo preeminente crece y se adapta.

El país más capitalista del mundo, por ende, el más individualista genera sin cesar héroes. No hay cultura que produzca más individuos heroicos que los Estados Unidos; el culto al individuo poderoso y exitoso es una verdadera enfermedad en ese país. Un enorme porcentaje de su cultura está dedicada a la producción de lo heroico individual. En el curso de esa conducta los norteamericanos han convertido en héroes no solo a los actores, sino también a los cantantes, políticos, comediantes, capitanes de industria, financistas, líderes religiosos, etc. Para mal o para bien muchos de estos héroes resultan tener pies de barro: Michael Jackson resulta ser un perverso pedófilo, Jeffrey Epstein y Harvey Weinstein violadores seriales, Bernie Madoff un vulgar atracador de amigos y extraños, Donald Trump un estafador sociópata, Bill Cosby un acosador sexual, George Bush Jr. un mentiroso y falsificador de antecedentes biográficos, y la lista crece sin cesar. Los modelos ideales de los individuos preeminentes hacen agua por todos lados.

Sin embargo, el tema del individuo preeminente es tan fuerte en Estados Unidos que ha logrado configurar una actitud hacia la vida increíblemente fuerte y extendida: la competencia. Competir, ser el que gana, asumir cada nueva instancia de la vida como una coyuntura en la que hay que vencer, derrotar y ganar es una

norma cultural que los niños norteamericanos reciben desde la más tierna edad. El modelo permea todos los aspectos de la vida: hace más de 150 años Marx entendió esto cabalmente al expresar que en ese país lo importante no es la ganancia sino ganar. Cualquier resquicio de solidaridad social, de cooperación desinteresada, de búsqueda conjunta de metas comunes desaparece en un medio abiertamente hostil en donde solo hay ganadores (winners) y perdedores (losers). La opción es una sola y directa: eres un winner o estás jodido. Por una vía llegas a ser un individuo preeminente o incluso un héroe, por la otra descendes al abismo de la mediocridad y el fracaso. Entre las clases dominantes de las naciones dependientes esta forma de encarar la vida se ha adoptado y hace carrera.

El arquetipo del individuo preeminente en Estados Unidos y otros países ricos de Occidente, hoy en día, está muy bien definido. Es generalmente hombre, muy rico, CEO de una gran corporación o inversionista de la bolsa, viaja en su jet privado y con una llamada de su teléfono satelital puede mover instantáneamente millones de dólares. Según el caso puede ser alguien muy reservado, casi imperceptible para los medios o puede ser un gran comunicador con miles o millones de seguidores en las redes. Se le reconoce como genio, aunque nadie podría explicar exactamente en que consiste su genialidad; puede actuar al borde de la ley e incluso transgredirá las normas de su país permaneciendo impune, siempre que no vaya demasiado lejos. Las normas de los países pobres en los que tiene intereses y negocios las transgredirá todas, sin problema. En su juventud quizás fue un gran deportista y por ello se distinguió en la universidad, que no por otra cosa. Y, en secreto o abiertamente, es el modelo de millones de jóvenes que darían lo que fuera por ser como él.

Naturalmente ese no es el único modelo exitoso del individuo preeminente. La construcción ideológica que separa individuos de sus comunidades no es exclusivamente moderna ni exclusivamente capitalista; muchas veces se alimenta de rasgos atávicos de las culturas y los transforma de maneras eficientes. Las mafias de narcotraficantes, y de criminales en general, son un terreno fértil para el surgimiento de los individuos preeminentes. Aquí se mezclan las tradiciones centenarias de los patriarcas coloniales, las ínfulas arribistas, el seductor poder del dinero abundante y el inesquivable arrastre de la violencia desatada. Los señores, patrones, dones o jefes son individuos preeminentes en torno de los cuales medra un círculo de seguidores, fieles en cuanto necesiten serlo. Las figuras del crimen son una de las formas de individualización más interesantes del mundo occidental; a pesar de que nominalmente representan al antihéroe, lo indeseable y lo repugnante, en realidad constituyen uno de los elementos de identidad más fuertes entre ciertas capas de la población. No es raro que, al morir, e incluso en vida, sean objeto de culto y que sean elevados a la categoría de santos o que se les recuerde

como grandes benefactores, buenos hombres de familia, protectores de la gente. Los jóvenes sicarios ingresan a esa carrera aspirando a esa condición individual envidiable; convertirse en patrón, el mandón de los mandones, el individuo notable.

En el inmenso rango de posibilidades que ofrecen las sociedades estratificadas, con su cultura de la competencia y las nociones de perdedores y ganadores, hay muchas formas de acceder al estatus de individuo preeminente. Una de ellas, muy en boga, tiene como escenario las redes sociales. Esta es la pradera de los *influencers*, los *youtubers*, los *geeks*, los niños-héroes, los activistas, etc. La clave para ser un individuo preeminente en este contexto virtual consiste en acumular un buen número de seguidores que estén pendientes de las publicaciones, fotos, trinos, etc. y que lo manifiesten con *likes* y/o comentarios. El individuo puede o no extraer un beneficio económico de esto, pero siempre tendrá un beneficio intangible que impulsará su ego a diversas alturas. Estos individuos, de popularidad virtual, compiten en escenarios como los *colleges*, *high schools* y universidades norteamericanas con los jugadores de *football*, los niños ricos, las *cheerleaders* y los presidentes y presidentas de las *fraternities* y *sororities*, cuya exitosa individualización también se mide por su popularidad.

Los países pobres no tienen tantos escenarios de individualización; aquí las cosas son más difíciles. A veces tan solo sobrevivir implica un gran esfuerzo, ni que decir de la empresa de descollar como individuo preeminente. Pero esto no quiere decir que la idea no exista y que no sea poderosa. A nivel aspiracional las expresiones como *salir adelante* y *ser alguien en la vida* revelan ese deseo oculto de separarse de su medio como individuo y ser, por ello, mejor que los de su entorno. Eventualmente, y quizás por pura probabilidad estadística, algunos lo logran; cuando así ocurre los individualizados tienden a ser extremadamente duros con sus antiguos compañeros de masa. En esta situación, que representa el cumplimiento del anhelo por excelencia, parece ser muy importante marcar la diferencia, exhibir un trato que denote superioridad y ostentar lo logrado. Si la relación entre el individualizado y los demás es laboral o de cualquier tipo que implique subordinación, habrá, por lo general, un manejo despótico y humillante. En el argot popular esto se expresa como: *no hay cuña que apriete más que la del mismo palo*.

La aspiración de ser un individuo, sino preeminente por lo menos distinto, es lo que alimenta la incesante lucha por el poder. En las ciencias sociales el poder y la lucha por este comúnmente se consideran objeto de las ciencias políticas y circunscritos, por tanto, a la política. Esto dejó de ser cierto hace tiempo. La lucha por el poder se desenvuelve en todos los escenarios y las formas de lucha son tan variadas como los individuos que las practican. Se lucha por cuotas de poder que, por ínfimas, resultan ridículas: en la oficina los empleados lucharan por cargos más altos y con

nombres rimbombantes, por una oficina más grande, por tener más personas bajo su control; en los colegios y universidades por las más altas notas, por ser el más popular, por ganarle a los demás; en todos los cuerpos corporativos por tener un cargo, así este solo aporte problemas; en los vecindarios por presidir las juntas; en los clubes deportivos o sociales por ser quien mande y decida; incluso se pelea el privilegio de custodiar una puerta para poder decidir a quién dejar entrar y a quien no. En donde se presente la oportunidad, por pequeña e incómoda que resulte, de descollar como individuo distinto a los demás se presentará la lucha de poder. El ansia de tener poder, de ser mejor o más reconocido y respetado, o simplemente de ser distinto a los demás, es un rasgo cultural tan profundamente imbricado en la cultura occidental que ya casi no somos conscientes de él. Pero, si somos conscientes de la dolorosa carencia de poder y de la satisfactoria posesión de este. Se busca el poder para ser individuo, se busca ser individuo para tener poder. Sin esas cosas no hay nada, la vida es fracaso y frustración.

La apabullante búsqueda de la individualización ha cambiado el mundo, lo sigue cambiando. Para algunos ideólogos de derecha esto es lo “natural”; se trataría del supuesto cumplimiento de las leyes darwinianas del triunfo del mas fuerte y el más apto. Este pseudo-darwinismo social es de un nivel patético, desconoce que precisamente nuestro despegue como especie hace miles de años se basó en la cooperación comunitaria y no en supuestos milagros realizados por individuos excepcionales. La doctrina de la supervivencia del mas fuerte en sentido social no es más que la justificación fascista de la opresión. No hay ningún hecho “natural” de base, es el desarrollo histórico el que separa individuos de comunidad y les otorga lugares de preeminencia desde los cuales esta separación se reproduce estructural y superestructuralmente. Despojados de los privilegios que los rodean, de sus riquezas y del ingenuo reconocimiento social que los encumbra, estos individuos preeminentes no son más que guiñapos insignificantes.

Pero para cumplir la voluntad de los individuos preeminentes y para alimentar el culto del individualismo Occidente se ha organizado como un paraíso de la individualidad. Para empezar, en la vivencia y la percepción, si te limitas a luchar hombro a hombro con tus conciudadanos, sin aspirar a sobresalir y dominar, sin ser individuo y líder, no eres nadie, perdiste. Luego el mundo se te aparece como un espacio hostil, excluyente, en el que tu comunidad no tiene cabida; o te esfuerzas como individuo para *ser alguien en la vida*, un *winner*, dejando atrás los lazos comunitarios o te resignas a una vida de tercera.

Y descubres, paso a paso, que todo está hecho para esa dimensión del individuo solitario. Que gracias a ese énfasis desmedido en las soluciones individuales solo crezca el caos y la ineficiencia, será un precio pequeño por pagar para que triunfe

el modo individualista de hacer las cosas. Se te estimula imperceptible y hábilmente a ser individuo, lejos de la masa, así sea aguantando los riesgos e incomodidades que implica la soledad individual. Y este patrón se repite en cada espacio de la vida. Para resumir y no abundar en ejemplos, tu conclusión inevitable es que no ascender por la escalera del individualismo te traerá problemas. No emprender ese camino se asocia inequívocamente con la falta de esfuerzo, la dejadez, el conformismo, todo lo que en resumen te hace fracasar. Ser un don nadie en la vida, un *looser*, ese es el precio que se paga por no aspirar a la preeminencia individual.

Este hiperindividualismo no le sale muy bien a la mayor parte de la gente; su esencia excluyente, destructora se manifiesta tarde o temprano y muchas veces de forma desgarradora. Por eso precisamente, a lo largo de la historia, han existido las redes solidarias de la comunidad; su presencia y su fortaleza constituyen un respaldo para las personas en momentos de crisis. Su gradual debilitamiento y, en muchos casos, su virtual desaparición deja a las personas solas frente a las dificultades y percances normales en la vida. Y es que, en el transcurso de la historia, se ha producido un gradual e imparable deterioro de las redes sociales de apoyo. La ideología individualista las muestra como estructuras opresivas que impiden la libertad y la realización de lo individual. Y, aunque hasta cierto punto, esto es cierto, el debilitamiento de lo comunitario como soporte y apoyo ha dejado a las personas con menos recursos, sobre todo, en una creciente soledad. Este es, entre muchos, uno de los aspectos que mas duramente golpea a los migrantes campesinos e indígenas que llegan a las ciudades o a países ricos de Occidente: la profunda soledad del individuo sin redes de apoyo, sin recursos, abandonado a su suerte.

Pero este no es el único, ni siquiera el más notorio de los efectos del hiperindividualismo occidental. Esta tendencia llevada a la práctica, impuesta y consolidada por encima de todo lo colectivo genera en el mundo lo que solo podríamos definir como caos. El caos que resulta de miles y millones de impulsos individuales, cada uno de los cuales solo busca realizarse, sin coordinación con los demás, es uno de los rasgos mas sobresalientes de nuestras modernas ciudades. Es un caos habitual, frenético, pintoresco y excitante para algunos. Pero más allá de las impresiones estéticas y emocionales que pueda generar, el caos es un gran problema. Para empezar, la absoluta carencia de coordinación de cualquier tipo produce el más gigantesco despilfarro de energía: centenares de litros de combustible se queman inútilmente en atascos de tráfico y transportando personas solas o ínfimas cantidades de carga. Millones de kilovatios de electricidad se gastan iluminando, calentando o refrigerando espacios vacíos o subutilizados, arrancando y parando ascensores y escaleras eléctricas que permanecen sin uso o se usan por debajo de su capacidad.

Hasta hace poco comenzamos a adquirir conciencia del efecto del despilfarro de energía y combustible, pero aun no se han tomado medidas efectivas para reducirlo; fuera del asunto de si hay o no voluntad por parte de los gobiernos, lo cierto es que el despilfarro es una condición necesaria para la continuidad de la vida individualista. Si no existiera el despilfarro, la libertad del individuo de hacer lo que le viene en gana, cuando le viene en gana y como le viene en gana se vería afectada; para que esto se pueda realizar tiene que haber una disponibilidad inmediata e ilimitada de combustible y energía. En cada ciudad contemporánea las cosas están hechas para privilegiar el transporte individual y el carro particular, ese monstruo ostentoso e invasivo acapara gran parte de las vías. Mientras tanto el transporte público, comunal, masivo sigue siendo tan escaso, incomodo e inseguro como sea posible mantenerlo.

Esta misma tendencia, pero con un sentido ecologista, da lugar a soluciones como la extensión e intensificación del uso de bicicletas, motocicletas, patinetas, etc. Si bien es cierto que estos medios alternos reducen el despilfarro de energía y combustible también lo es que, por tratarse de soluciones individuales, tienden a incrementar el caos urbano y vial. Irónicamente, lo que constituye la solución mas obvia, el incremento de medios masivos de transporte con el mejor aprovechamiento energético es la que menor atención recibe. Bajo la excusa de los altos costos y las dificultades técnicas para su realización los proyectos masivos sufren demoras, limitaciones y cancelaciones. Lo que no se dice es que las soluciones individuales son un negocio jugoso, mucho más rentable que la solución masiva; esto y el mantenimiento de los privilegios individuales, por encima del bien común, son los factores que garantizan la continuación del caos.

No valdría la pena detenerse tanto en el tema de la movilidad individualizada sino fuera porque es, quizás, el ejemplo más grotesco de la supremacía individual y del absoluto irrespeto por los valores colectivos. Desde un punto de vista complementario, lo individual en este campo es un acicate poderoso del consumo y, por tanto, de la ganancia. La hiperindividualidad no solo incentiva el consumo por simple proporción matemática: es decir lo que resulta de vender, por ejemplo, cinco lavadoras a cinco familias distintas para que las usen individualmente en lugar de vender una sola para que sea usada comunalmente, sino también porque el consumo es una propiedad y una vitrina del individualismo. Parte de la reafirmación cotidiana del individuo preeminente se fundamenta en el consumo: consumir más y mejor, mostrar lo consumido y adquirir ventaja sobre lo que consumen los demás competidores es esencial. El ideal del poder va de la mano con el ideal del tener; tener mucho, tener tanto que se pierda la cuenta de lo que se tiene y que se pueda gastar sin medida, si preocupación. El magnate renacentista se ha reencarnado como un goloso derrochador, insaciable, un tragón todopoderoso de todo lo que el

mundo puede ofrecer. Ya el mundo se esta quedando sin que ofrecerles a tan portentosos seres y será necesario habilitar el consumo estratosférico para que esta carrera no se detenga; los viajes espaciales para millonarios están por empezar.

Una breve reflexión para terminar: ¿hacia donde va este individuo preeminente, opulento de Occidente? Podríamos ensayar muchas respuestas, pero creo que solo hay una valida: hacia adelante. En efecto, al igual que el capitalismo que es su nido y su molde, el individuo no deja de avanzar. Se mueve, compra, absorbe, vende, desecha sin parar. El de los individuos preeminentes es un mundo hipercinético; no hay oportunidad de parar, el que se detiene se muere, entre otras porque la competencia lo arrastra, lo apabulla. Se ha creado un monstruo social que no deja de agitarse, no importa si tanto movimiento tiene sentido, si hay o no un fin sensato que sea producto de un consenso, lo importante es avanzar. Por algo también existe esa figura de los *despiertos* versus los *quedados*; su capacidad de moverse o no los diferencia y les otorga recompensas o castigos en el mundo de los individuos. Ese afán, nunca suficientemente bien explicado, del moverse continuamente se nos vende a diario como una aspiración imposible de rechazar. Una de cada dos propagandas de televisión se enmarca en el movimiento: gente demostrando seguridad y avanzando a paso firme al amparo de un desodorante o de un plan de datos de Internet: la intención es que el espectador interpelado se vea compelido a unirse a ese mundo maravilloso que va para adelante.

Curiosamente estos individuos hiperindividualizados de Occidente aun se maravillan frente a los rezagos de la solidaridad colectiva no competitiva. Cada video que muestra niños chinos que prefieren detenerse a ayudar a un compañero caído, a riesgo de perder la carrera, consigue millones de *likes* y comentarios de admiración. En el fondo quizás subsiste la conciencia de que las cosas no van bien y que este mundo, cruelmente egoísta, en el que está bien matar para ganar, no es el ideal que queremos para el futuro. Pero las fuerzas del hiperindividualismo son muy poderosas y su capacidad de reproducirse socialmente está lejos de agotarse.

Junio 2021